

La noticia de la muerte de un mozo pamplonica de diecinueve años en uno de los encierros sanfermineros, con toda la carga de emotividad periodística que, en su día, vino al caso, hizo pasar inadvertida la mención de otra muerte, conectada con la primera: la del toro de Arranz que corneó al mozo, y que fue matado a tiros en los chiqueros de la plaza. A primera vista, pudiera parecer que el eco obtenido por ambas noticias fue proporcional a la importancia de la naturaleza de las víctimas; pero quizá una aproximación más detenida revele que la muerte del toro es también significativa, porque constituye una ofensa y una advertencia: ofensa para el mozo pamplonica, cuya muerte degrada a crimen o accidente, y advertencia inequívoca no ya del acabamiento del sentido de la fiesta, que es cosa que viene de antes, sino de la sumisa interiorización de ese acabamiento por sus mismos protagonistas. En efecto, ¿por qué se mató a tiros al morlaco? ¿Acaso hizo algo que no estuviese previsto y aceptado en la fiesta? ¿Se comportó de algún modo vergonzoso para su casta? La obligación del toro es morir; su derecho, matar. Si no se entiende esto, sobran el encierro, la corrida y la fiesta entera. El toro está condenado a morir desde que comienza a correr por la Estafeta; pero debe morir a su hora y en su sitio, tras la lucha que le corresponde y le da sentido. Fusilarlo como castigo por ser y portarse como lo que es supone establecer dos legalidades en la fiesta, hacer una trampa que vicia todo lo ocurrido aquel día en Pamplona. Se destituye al toro de su nobliaza y queda reducido a locomotora sin frenos o a bestia dañina; el mozo que murió en la fiesta por él asumida y plenamente vivida se queda así sin enemigo digno, como si le hubiera atropellado un camión o mordido una víbora. La Autoridad aplica su propia legalidad a la fiesta, que momentáneamente la suspende. El Estado moderno no admite treguas de poder ni, por tanto, respeta las fiestas.

¿Pero acaso respeta alguien la fiesta de San Fermín? No serán desde luego los comerciantes de los bares, que van modelando poco a poco el festejo según sus intereses: cese de la venta de vino a partir de las 10,00 horas de la noche —hace pocos años era a partir de las 12,00—, obligando al consumo de bebidas destiladas o de champán, espumoso que se va imponiendo cada vez más como símbolo turístico de los sanfermines por exigencias netamente comerciales. Además de manipular el vino hasta lograr transformarlo en un mejunje indigestible, se pretende desplazarlo de la fiesta por ser barato. Al toro se le fusila por ser toro; al vino se le destierra por ser vino. ¡Y viva el cuba-libra de ginebra falsificada! ¿De qué voy a extrañarme ya si cierto vino oloroso de Jerez, muy conocido, se anuncia «tómelo on the rocks» en esos carteles de severas tonalidades oscuras, especie de Zurbarán de guardarropía, que prometen a cualquier indocumentado «nuevas sensaciones» a base de echar hielo al jerez, como



# LA FIESTA Y LA MUERTE

Fernando Savater

si tal muestra de barbarie enológica representase la más alta conquista del buen gusto? Lo raro no es que estas cosas se produzcan, porque ya sabemos que, si les dejan, los bares terminarán por no dar más que whisky de importación con tapas de caviar sintético (a precio de Beluga) y los anunciantes recomendarán el uso del jerez para lavar los calcetines, con tal de aumentar las ventas; lo raro y desolador es el resignado acatamiento, ya sin extrañeza siquiera, con que los pamplonicos y los demás aceptamos estos manejos.

También el comportamiento de las «peñas» ha causado en diversos aspectos los efectos de esta demoralizadora interiorización de la desvirtuación de la fiesta. No he podido estar este año en los sanfermines, pero recibo noticia de estos extremos por alguien tan apasionada y entrañablemente vinculada al 7 de Julio como mi amigo Víctor Gómez Pin, de la «peña» Obarena. Entiéndaseme bien: si aventuro aquí algunas reflexiones críticas sobre las «peñas» es precisamente por considerarlas el auténtico fundamento peculiar de San Fermín; si ellas no están a la altura de las circunstancias, la fiesta se convertirá en simple fuente folklórica de divisas. Podrían señalarse aquí la degradación de las letras de las canciones coreadas, que con frecuencia creciente repiten los estereotipo

pos más vulgares y ramplones de la «actualidad» musical española, sin alcanzar el nivel satírico o poético de las auténticas coplas populares; esta degradación es paralela a la sufrida por las coplillas de las fiestas de Cádiz y tantos otros festejos de este género. Respecto al comportamiento de las «peñas» durante las corridas, no voy a suscribir el tópico de que la gente no se fija para nada en lo que ocurre en el ruedo, pues es falso: cuando han pasado cosas importantes en la plaza, la gente ha sabido percibir las con sutileza. Quizá en ninguna parte como en Pamplona el público llegue a cumplir su oficio de coro trágico de la faena. ¿Que cuando se aburren se desentienden de lo que pasa en la plaza y se dedican a la merienda? ¡Felices ellos que tienen esa posibilidad, negada a tantos otros aburridos espectadores de otras plazas! Por mucho ruido que armen, nunca serán tan fastidiosos como los fantasmas del tendido 8 madrileño, cuya murga protesta se equivoca nueva vez por cada una que mantiene un criterio acertado y da la lata en los diez casos. Ahora bien, desentenderse de una faena trivial no es lo mismo que convertir al torero en centro de una burla colectiva, con ovaciones de chunga, repetición machacona de estribillos insultantes, etcétera... En este último caso, el coro se rebaja y se falta al res-

peto a sí mismo; revela su incapacidad para gozar estando juntos y se busca un ficticio centro de atención que pague el pato. Esto, como la degradación de las canciones, es un pecado de falta de imaginación. Pero aún más triste ha sido este año la decisión de las «peñas» de no salir a desfilarse tras la corrida del día que siguió a la muerte del muchacho. ¿Qué significaba ese «todos estamos muy tristes» que las sustrajo de su papel en la fiesta? ¿Se pretendía así sustituir una unión que no se lograba por otros medios? ¿Acaso no era precisamente el desfile la forma de entender —y, por ende, respetar— la muerte del mozo? ¿Por qué aceptar la sensiblería, hipócritamente piadosa, de los organismos ajenos a la fiesta?

Al leer estas líneas quizá muchos se alegren precisamente de lo que a mí me subleva. Verán en todo esto señales inequívocas del progreso humanizador de la civilización: una muerte es una muerte, y no cabe indiferencia ante ella; cunde la culta repulsa ante los riesgos sangüinarios de unas fiestas que son residuo de tiempos más bárbaros; incluso quienes participan en San Fermín se dan cuenta de que bueno está lo bueno, pero que la agonía de un chico con el cuello partido de una cornada es una barbaridad, etcétera... Pero analicemos de cerca este escándalo: ¿qué es lo que nos repele realmente de la muerte en la fiesta? ¿Su carácter bárbaro o su carácter gratuito, inútil? Quienes se escandalizan y contristan de la sangre vertida en la fiesta aceptan como inevitable o gloriosa la muerte de cada día, la muerte del reventado de trabajo (aunque sea un trabajo cómodo y bien remunerado), la muerte por represión, por soledad, por nostalgia de esa comunidad increíble que a veces se vislumbra en la fiesta; aceptan sin escándalo la muerte de quien da la vida por una gran idea, de quien muere por los otros, de quien revienta sirviendo sin descanso a la sociedad que le rodea, de quien muere de viejo, de cualquier muerte. ¿Hemos civilizado la muerte? La sola idea es ridícula, pues nada hay que civilizar en ella; nos hemos limitado a hacerla útil. Y ése es el escándalo de la fiesta: mostrar inequívocamente la inutilidad, la superfluidez gloriosa y terrible de toda muerte. De este modo, la muerte en la fiesta amenaza los esquemas del Orden, que pretenden por todo camino interiorizar en el ciudadano la útil necesidad de la muerte. En la fiesta, la muerte está presente, pero nunca es necesaria; en el Estado, la vida presente es la necesidad de la muerte.

Dijo Bataille que «la fiesta no es un verdadero retorno a la inmanencia, sino una conciliación amistosa y llena de angustia entre necesidades incompatibles». Pero incluso ese fingido retorno va siendo cada vez menos tolerado por un Orden cuyo poder no admite fisuras; y no coloquemos ese Orden en la exterioridad, sino dentro de nosotros, en la sumisión ante el vino que nos roban o en nuestro azoro ante una muerte que merecía una auténtica fraternidad de amigos y nos encuentra desnudos, temblorosos, separados. ■ F. S.